

# El pensamiento de Juan Marinello y de Carlos Rafael Rodríguez acerca de la formación universitaria, una reflexión necesaria para la universidad cubana del siglo XXI

*The thought of Juan Marinello and de Carlos Rafael Rodríguez about of the university formation, a necessary reflection for the Cuban university of the XXI century*

Niurka Palmarola Gómez\*, Felicia Ibáñez Matienzo\*\*  
*Universidad de Matanzas, Cuba*

DOI: <http://dx.doi.org/10.15648/am.28.2016.16>

## RESUMEN

Generar desde las universidades latinoamericanas un pensamiento alternativo a la ideología capitalista dominante constituye una necesidad y un reto. Cuba ha formado profesionales comprometidos con los excluidos por los centros hegemónicos de poder, pero resulta insuficiente lo alcanzado, hay que integrar lo ético y lo político al nivel científico de estos profesionales. La vigencia del pensamiento de quienes concibieron a la universidad como centro de formación integral, propiciadora de un liderazgo profesional comprometido con el hombre, nos llevó a reflexionar en el pensamiento de Juan Marinello y Carlos R. Rodríguez acerca de la formación universitaria, propósito de este trabajo.

**Palabras clave:** Formación universitaria, Pedagogía, Pensamiento pedagógico.

## ABSTRACT

Building from Latin American universities thought an alternative to the dominant capitalist ideology is a necessity and a challenge. Cuba has formed committed to those excluded by the hegemonic centers of power professionals, but what has been achieved is insufficient, we must integrate the ethical and the political to the scientific level of these professionals. The validity of the thinking of those who conceived the university as full training facility, a pledge of professional leadership committed man, led us to consider in thinking about university education of Juan Marinello and Carlos R. Rodríguez purpose of this work.

**Keywords:** Higher education, Pedagogy, Pedagogical thinking.



**Recibido:** 8 de enero de 2016

**Aceptado:** 29 de abril de 2016

\* Doctora en Ciencias Pedagógicas, profesora auxiliar de Filosofía y Sociedad, investigadora del pensamiento pedagógico cubano en general y en particular el de Juan Marinello, ha presentado sus resultados investigativos en eventos y publicaciones nacionales e internacionales.

Correo electrónico: niurka.palmarola@umcc.cu

\*\* Máster en Estudios Comunitarios, profesora auxiliar de Filosofía y Sociedad, investigadora del pensamiento pedagógico cubano en general y en particular el de Carlos Rafael Rodríguez, ha presentado sus resultados investigativos en eventos y publicaciones nacionales e internacionales.

Correo electrónico: felicia.ibañez@umcc.cu

## Introducción

Los procesos transformadores en marcha en América Latina han mostrado la importancia del desarrollo educacional para acometer la solución de los grandes retos que enfrentan los países del continente (Ramírez, 2013). Una educación que no se sacude totalmente las secuelas coloniales y neocoloniales difícilmente generará los profesionales que demandan la independencia económica y política que estos países requieren. Mas no se trata solo de formar la fuerza de trabajo calificada que exige el desarrollo científico-técnico contemporáneo, es necesaria una educación que movilice a los hombres, a partir de un ideal social más equitativo, más humanizador.

En el recién finalizado Evento Universidad, 2014, Frei Betto fundamentaba cómo la posmodernidad hace que los individuos no sepan responder a la pregunta por el sentido de la vida, pues la sociedad subordinada al mercado convertía a las personas en parte del juego neoliberal, consumista, individualista. La presencia de este discurso en las vías de educación escolarizadas y las no escolarizadas, de forma consciente o inconsciente, obligan a todas aquellas instituciones empeñadas en cambiar estas realidades a producir nuevas formas de subjetividad, contrarias a la dominación enajenante, al crear un sentido de vida antihegemónico, solidario, afianzador

de las capacidades de creación humanas.

A la producción de estas nuevas subjetividades, antineoliberales y antihegemónicas, es necesario sumar a todos los sujetos propiciadores del cambio, la familia, las comunidades, los medios de difusión y fundamentalmente la educación. Dentro de todo ese sistema de influencia, un papel esencial le corresponde a la escuela, en la que se destaca la función del educador; no se trata de transmitir solamente conocimientos o facilitar pedagógicamente el acceso al patrimonio cultural creado por la humanidad, hay que desarrollar el espíritu crítico y la actitud ética, las nuevas visiones del mundo, realmente humanizadas.

Las universidades al formar los profesionales especializados que demanda la transformación económica, política y social de nuestros países deben desarrollar las sensibilidades humanas y las capacidades creativas del hombre. Cuba ha recorrido un largo camino en la formación de profesionales comprometidos con los excluidos por los centros hegemónicos de poder, lo que ha sido posible a través de la consolidación de la cultura y la identidad nacional potenciada después del triunfo revolucionario del 10. de enero de 1959. Al logro de estos propósitos están encaminadas las políticas educacionales del país, pero, pese a lo alcanzado, resulta insuficiente la formación que propicie la integración de lo

cultural, lo estético, lo ético y lo político al nivel científico de estos profesionales. Si no se potencian en los futuros profesionales un pensamiento electivo, generador de códigos críticos capaces de orientarlos en el disfrute de la creación humana universal y el sentido de la ética que convierta a la honradez, la modestia, el altruismo, en principios orientadores del sentido de la vida, no alcanzarán los niveles que la compleja realidad social en que se desempeñarán exige, por lo que sigue siendo el reto.

La tradición intelectual cubana, humanista y revolucionaria en su esencia transformadora muestra un caudal inagotable de experiencias y concepciones educativas que nos acercan al cómo deben formarse los jóvenes profesionales cubanos, comprometidos con los destinos del país, el continente y la humanidad. Una segunda lectura de estos maestros revela la importancia del rescate del pensamiento de aquellos que concibieron a la universidad como centro de desarrollo cultural integral, propiciador de un liderazgo profesional en función de las necesidades y exigencias sociales. Juan Marinello Vidaurreta y Carlos Rafael Rodríguez proponen ideas acerca de la formación universitaria que por su vigencia, pueden orientar muchas acciones en la formación de nuestros profesionales. Reflexionar en torno al significado de estas propuestas en el empeño de educar e instruir, en la teoría y la práctica, para hacer de la uni-

versidad casa de ciencia y conciencia es el propósito de este trabajo.

### **Desarrollo**

Juan Marinello Vidaurreta y Carlos Rafael Rodríguez fueron intelectuales revolucionarios cubanos comprometidos con los destinos de su Nación, desde un pensamiento que articula lo más revolucionario del siglo XIX en la tradición nacional y universal, el de José Martí y el marxismo leninismo, ambos poseen en su accionar teórico y práctico disímiles coincidencias.

En el ámbito de la educación ellos reclamaron la importancia para el desarrollo del país de una enseñanza unitaria, cubana, democrática, ajustada a las necesidades nacionales, que conjugara lo más avanzado de la experiencia pedagógica internacional con la tradición nacional. Defendieron en natural correspondencia con Martí, la visión de la cultura en el sentido clásico griego, que en armonía con el concepto de cultura sofista no se refiere a una suma de nociones, ni al proceso de su adquisición, sino a la formación del hombre en su ser concreto, como miembro de un pueblo; ello contribuyó a una reelaboración del papel de la educación en la sociedad, de ahí sus sucesivas denuncias a la formación universitaria que predominaba en Cuba.

Comparten la idea acerca de la responsabilidad del Estado en la educa-

ción de los ciudadanos, la cual ha de ser uniforme para todos, al tener por objetivo preparar al hombre para la vida, formarlo como ciudadano responsable de su futuro y el de su Nación, lo que implicaba tanto acciones útiles como virtuosas. Conocían además la historia de la educación universitaria, sus crisis, y giros desde la tradición cristiana grecorromana a la propuesta de una universidad liberal, más práctica, más técnica; desde una formación general, sistémica, perpetuadora del poder y el privilegio a otra, más especializada, despertadora del ímpetu de saber.

La posibilidad que tuvieron Juan Marinello y Carlos R. Rodríguez de proclamar y poner en marcha la reforma de la universidad cubana en 1962, le permitió materializar su pensamiento acerca de la misión de esta institución, la cual se formó desde sus años de estudiante y fue tema recurrente en su obra escrita.

En la década del 20, en ocasión del primer movimiento reformador en dicha institución, Marinello participó *a distancia*\* y fue por su hermano Felio

Marinello\*\*, que se sumó al mismo; escribió varios trabajos donde valoró el significado del Primer Congreso Nacional de Estudiantes y la participación en este de Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena (Marinello, 1977, p.27).

Pronto comprendió Marinello que pese a lo propuesto poco había cambiado en la universidad, y ante el aumento de la represión machadista, planteó a los estudiantes la importancia de su total renovación. Esta era necesaria porque se mantenía el retraso en lo docente y por la conducta social que había asumido ante los desmanes del gobierno, tal situación lo llevó a calificarla de “dócil a la garra incivil” (Marinello, 1930, p.31).

En 1934, al explicar la interrelación entre la sociedad y la universidad, consideró que la situación económica y social del país estaba determinada por la de la universidad, al existir una sola y responder a los dictados de un Estado neocolonial, todo el potencial técnico y político que se formaba en ella respondía a los mismos afanes entreguistas. La influencia colonial y neocolonial que por siglos caracterizó a esta institución docente, no le permitió responder a las necesidades del país, al limitar su función al adiestra-

\* Juan Marinello Vidaurreta: Destacado intelectual cubano desde 1916, año en que entra a la universidad, hasta 1921, fecha en que recibe el título de doctor en Derecho Público —el Derecho Civil lo había alcanzado el año anterior—, obtuvo resultados destacados los que le permitieron ser declarado alumno eminente, con ello obtiene una beca de viaje que utiliza la Universidad Central de Madrid, donde se encontraba cuando se sucede el movimiento reformador en la Universidad de La Habana.

\*\* Felio Marinello, hermano de Juan Marinello, estudiaba en la Universidad en 1923, amigo de los jóvenes universitarios y sus líderes Mella y Martínez Villena. Resultó electo primer Presidente de la FEU.

miento profesional que reproducía la deformada estructura social capitalista predominante en el país. En el criterio de Marinello (1934) si la universidad se había constituido para hacer jefes y no para hacer hombres, como pedía José Martí, no podía cumplir una obra de plena utilidad social; para ello, era necesario, despertar la inquietud revolucionaria del estudiantado y proyectarlo al momento cubano, a la búsqueda de respuestas para los apremiantes problemas nacionales. Este propósito exigía una enseñanza universal pero afianzada en lo cubano, que despertara la curiosidad y el compromiso con el mañana, abierta al pueblo, en contacto con la necesidad criolla, orientada a la vida, la cultura, la investigación y la creación.

Este mismo año llegó a la Universidad de La Habana Carlos R. Rodríguez para estudiar Derecho y Ciencias Políticas, Económicas y Sociales, su paso por esta institución lo realizó con calificación de sobresaliente en todas las asignaturas, reconocimientos y premios, entre ellos el Premio Nacional Extraordinario González Lauza, que le asignaba una plaza de abogado de oficio por dos años en la audiencia de La Habana. Pero junto a los méritos docentes, acumuló los del compromiso con la lucha por una universidad mejor, participó en las polémicas estudiantiles en defensa de la autonomía universitaria.

En 1935 ingresó al Partido de los co-

munistas cubanos. Desde las filas de esta organización, junto a otros intelectuales cubanos, ambos realizaron una importante labor de difusión educacional y cultural. En 1938, desde el programa del Partido Socialista Popular (PSP) y consciente de que una universidad nueva debía construirse en una sociedad nueva, reconoció Marinello que solo la radical transformación económica y política, podía encaminar a esa institución a las necesidades colectivas y al servicio humano (Marinello, 1940).

El conocimiento que acumularon de la experiencia educativa internacional, y el compromiso clasista asumido los llevó a la experiencia de la universidad soviética, destacaron cómo las transformaciones ocurridas en ese país ampliaron el acceso a la educación y permitieron materializar las ideas de Carlos Marx sobre la educación, al propiciar la unidad entre el estudio y el trabajo, entre el desarrollo intelectual y el físico en la educación politécnica. Reconocieron en la universidad socialista, una escuela que preparaba a los hombres y mujeres para una vida de trabajo justo, porque al unir la escuela con la vida se sentaban las bases para alcanzar la emancipación individual y colectiva del trabajo que iniciaba el camino a la liberación humana.

En los trabajos que para la época escribió Marinello muestra un coherente sentido de la integración de lo na-

cional y lo universal en las bases que debían animar a la educación superior en Cuba, consideró que la nueva universidad debía construirse sobre los cimientos de la actual, retomando lo valioso de su experiencia pero era intransigente con toda copia o repetición.

Buscaba el conocimiento y la asimilación electiva de lo más valioso y renovador de las culturas de todo el orbe, sin caer en la trampa del cientificismo, que limitaba la vida espiritual de las sociedades modernas a la esfera de las ciencias naturales y técnicas, subestimando el papel que desempeñan la filosofía, la política, el arte y la literatura (Marinello, 1977). Como Martí, defiende a la raíz, fuerzas para crear pero con esencias populares, que era diferente a los disfraces populistas, universales a golpes de cubanía.

La Asamblea Constituyente de 1940 fue espacio propicio para a nombre de los comunistas cubanos defender la necesidad de una enseñanza laica, democrática, libre de discriminaciones de todo orden, rectorada por el Estado y orientada en un profundo sentido cubano. Juntos trabajaron con el fin de que se concedieran becas a los jóvenes con bajos recursos y se ampliara el acceso de todos los sectores de la sociedad a la formación universitaria. Estas propuestas, en muchas ocasiones adelantadas al desarrollo de la sociedad cubana no fueron aprobadas o no se implementaron pero marcaron

la importancia de un pensamiento que resumía la tradición pedagógica cubana del siglo XIX y la ajustaba a las realidades del país.

En la década del 50, valoró Marinello la excesiva profesionalización de la docencia universitaria cubana en detrimento del desarrollo de profesionales comprometidos con su tiempo y su país como resultado de la impronta norteamericana. Desnudó las reales implicaciones que para la sociedad cubana tenían las múltiples becas otorgadas para formar a los jóvenes profesionales en las universidades de Estados Unidos y la repercusión que tenía importar profesionales foráneos. Para Marinello estas propuestas pretendían alejar a las instituciones nacionales de las necesidades del país, de su estructura económica subdesarrollada y deslumbrar a sus estudiantes con los avances logrados en aquella nación (Marinello, 1957). Consciente de que la existencia humana solo era mejor si se afianzaba en la ciencia que liberta y en el arte que eleva, denunció los verdaderos objetivos de los proyectos norteamericanos expuestos en 1957, por el presidente de aquel país. Estos pretendían bajo el manto de la ayuda y la colaboración afianzar la penetración económica y política por los sutiles caminos de la cultura y la educación. En carta a la Asociación de Escritores y Artistas Americanos denuncia que los propósitos de estos planes era que la universidad, “(...) que nuestra docencia superior olvide

o renuncie a las hermosas tradiciones de exigencia científica, verdad, libertad, y progreso que vienen desde Varela y Varona, (...) que dé la espalda a la ejecutoria de honor y heroísmo que discurre de los mártires del 71 a la ejemplar rebeldía de Julio Antonio Mella” (Marinello, 1957, p.71). Reveló lo que se pretendía hacer en la Universidad Central de Las Villas “Marta Abreu”, bajo el Punto Cuatro; su valiente denuncia mostró cómo lejos de impulsar el desarrollo económico de Cuba se trataba de mantenerla como productora de materias primas, subsidiaria de la economía norteamericana. Para Marinello, desde Washington pretendían con absoluto desprecio de la cultura cubana, aprovechar a los jóvenes profesores de esa universidad para dar una orientación antinacional a la educación. Pretendían imponer una docencia estilo Estados Unidos, que en su opinión, estaba regida por los magnates, banqueros e industriales en un espíritu pragmático que había empobrecido culturalmente de modo alarmante a los profesionales en aquel país.

El afán renovador de la universidad cubana, iniciado por Varela, Caballero y otros destacados educadores, que defendió el uso de la razón, la posibilidad de la duda y la experimentación como instrumentos del saber y vías para el conocimiento de la realidad, sin abandonar la dimensión humanista que había sido retomado por Varona a inicios del siglo

XX fue defendido por Juan Marinello y Carlos R. Rodríguez al develar los propósitos imperialistas de penetrar la formación de profesionales cubanos, deslumbrándolos con los poderes de la investigación científico-técnica al margen de la sensibilidad humana y el compromiso social.

Estos hechos demostraban que la propuesta reformadora que pretendió liberar a la universidad cubana a inicios del siglo XX fue abortada por los intereses foráneos que pretendían mantener al país en un estatus neocolonial, la transformación de la universidad exigía de la transformación de la sociedad, universidad libre en sociedad libre. Tras el triunfo revolucionario del 1o. de enero de 1959, la política educacional alentada por el gobierno revolucionario, propuso poner la educación al alcance de todos como única vía para desarrollar los profesionales que acometieran las transformaciones económicas y sociales que se iniciaban en el país.

Ante las contradicciones generadas por las nuevas realidades, la Universidad de Oriente organizó, en el mes de octubre de 1959, un importante ciclo de conferencias con el tema *Revolución y Universidad*. Juan Marinello fue invitado a participar en el debate, en su intervención esbozó interesantes ideas acerca de cómo debía ser una universidad revolucionaria. Consideró que esta se debatía entre la persistencia de una enseñanza

tradicional, retrasada en lo científico y en lo técnico, como resultado de la tradición neocolonial y una enseñanza de signo nacional, dirigida a impulsar la liberación económica, el progreso social y “(...) hacer de la cultura un instrumento de universal superación” (Marinello, 1958, p.20).

Consideraron que la universidad tenía que ser revolucionaria, lo que significaba luchar contra todo lo que intentara distanciar a los jóvenes profesionales de la inquietud social y pedía lograr una formación que sin herir su anchura universal en lo cultural, lo científico y lo pedagógico, comprometiera a los jóvenes con la edificación de la nueva sociedad.

Los obstáculos que se presentaron ante la marcha de la reforma en el primer semestre de 1960 hicieron que no se observaran prácticamente avances; la crisis generada por la lentitud del proceso en la Escuela de Ingeniería de la Universidad de La Habana generó la protesta estudiantil, lo que llevó a tomar la dirección de la universidad habanera y se creó el Consejo Superior de Universidades, por la Ley 916 del 31 de diciembre de 1960, para llevar adelante la transformación que buscaba responder a las necesidades del país.

Para Carlos R. Rodríguez el alcance de la reforma y su contenido se resume en ¿qué se va a estudiar? ¿cómo se va a estudiar? y ¿quiénes van a estu-

diar? La reforma cambió la estructura de las carreras, se ampliaron las de fines técnicos; se imprimió un nuevo sentir a la de médico, con el objetivo de prevenir; se proscribió la enseñanza verbalista, los libros de texto añejos, se adopta una nueva estructura por Departamentos; se crea el sistema de becas y la enseñanza nocturna para facilitar el acceso de la clase obrera.

Consciente de la complejidad de esta tarea, Juan Marinello (1963b) consideró que la real democratización de la universidad no se alcanzaba con que el pueblo entrara a ella, era necesario que la universidad llegara al pueblo, a cada centro de trabajo, a cada comunidad, tarea más difícil de lograr. Como parte de la reforma se creó el Departamento de Materialismo Dialéctico e Histórico, adjunto a la Escuela de Ciencias Políticas con el objetivo de extender la enseñanza de la Filosofía Marxista Leninista a todas las carreras universitarias, y se defendió la docencia universitaria que bajo la orientación científica rescatara la tradición pedagógica nacional decimonónica y en particular el espíritu martiano. Fueron estos intelectuales participantes activos en los Seminarios Juveniles Martianos, divulgadores de la trascendencia de su obra y defensores de los puntos de contacto y la presencia de su pensamiento en la obra de la revolución.

En 1961 valoró la importancia de transformar la enseñanza en la Escue-



la de Derecho, la que estaba permeada de escolasticismo, positivismo y plegada a los intereses norteamericanos. Esta debía transformarse y penetrarse de los fundamentos socialistas para robustecer la legalidad revolucionaria. “La ley revolucionaria debía aplicarse con firmeza y sabiduría (...)”. Ante la propuesta para la creación de la carrera de Psicología, valoró la experiencia de los países socialistas, donde esta estaba actualizada con las últimas experiencias de la ciencia occidental y destacó su importancia en el estudio del clima laboral y social, lo que consideraba esencial para el desarrollo de la nueva actitud ante el trabajo.

Con el propósito de acercar la universidad a las necesidades del desarrollo social se generó un esquema de carreras afines al proceso de industrialización del país, con énfasis en las carreras técnicas. La enseñanza buscó establecer la adecuada relación entre la teoría y la práctica, la investigación-docencia-producción, y la unidad del estudio con el trabajo, para ello, se insertaron los jóvenes universitarios en las tareas productivas y de transformación social. Como materialización del nexo de la tradición nacional con lo más novedoso de la cultura universal se extendió el estudio del marxismo leninismo a todas las carreras.

Juan Marinello destacó que la Reforma triunfaba si se convertía “(...)

esa Universidad estéril, reiterativa y verbalista en una Universidad en que la investigación sea parte fundamental de su trabajo”, elemento principal para el cambio propuesto. Consideró esa tarea difícil, visitó varias universidades y conoció de las experiencias pedagógicas en los países más desarrollados. En la Universidad de Praga afirmaba al referirse a los retos que se planteaban a la educación cubana que se necesitaba de la cooperación internacional, pero alertó: “(...) sería equivocado implementar en Cuba cuanto se ha hecho (...) en otros países socialistas, (...) hemos de actuar teniendo en cuenta las características nacionales y el curso concreto de nuestro gran movimiento libertador (...)”.

Consecuente con su concepción integral del proceso de formación y el papel que atribuía a la enseñanza universitaria en la formación de los profesionales que debían edificar la nueva sociedad no redujo la formación a lo técnico, lo científico o lo investigativo y afirmó: “El deber supremo de la universidad: la defensa de la cultura. La cultura hay que defenderla tanto como a la vida, porque en lo profundo, no es otra cosa que vida esclarecedora (...)”.

Esta idea fue recurrente en el pensamiento pedagógico de Juan Marinello, quien veía en la cultura el complemento a la formación profesional de alta especialización que implicaba

una carrera universitaria, la cultura era el camino para la formación integral.

A los seis meses de iniciada la reforma, se constituyó una comisión para analizar las dificultades presentadas en su marcha, los criterios que se presentaron fueron diversos. Para algunos, no se podían alcanzar los objetivos propuestos porque no había correspondencia entre la calidad del claustro y la de los estudiantes con los planes de estudio. Ante la propuesta de cambiar los planes para atemperarlos a las dificultades que se presentaron, Marinello manifestó su desacuerdo: “(...) nos parece un gran error rebajar el nivel de los estudiantes universitarios en razón de la grave deficiencia del alumnado (...)” (Marinello, 1963a, p.4). Era necesario para resolver estas dificultades trabajar metodológicamente para eliminar las clases que no se comprendían, los profesores carentes de ciencia y metodología, los exámenes memorísticos, el bajo rendimiento y la deserción escolar.

Consideró posible ampliar y profundizar los cursos de preparación para los estudiantes que ingresaban a la universidad, buscar ayuda con profesores de otros países, elevar la preparación metodológica y pedagógica del claustro, elaborar con personal de Psicología materiales que indicaban cómo estudiar y aprovechar mejor el tiempo, entre otras propuestas; pero

al valorar el rol social que debía tener el universitario consideró que sin pretender lo perfecto para lo que no había condiciones, se debía mantener el carácter universitario, pues con subuniversitarios no se edificaba la nueva sociedad. Como reconocería Carlos Rafael Rodríguez años después, Marinello fue de los “(...) convencidos del error de formar en la época actual a un profesional de perfil estrecho, pero nos resignamos momentáneamente a admitirlo como solución provisional sabiendo que la vida impondría el continuo reciclaje, que ha llevado a la ampliación de la formación, al preparar técnicos con múltiples alternativas”.

Para Carlos R. Rodríguez, la formación integral exigía de la cultura y civilidad, de las normas formales de comportamiento ciudadano, donde considerábase había perdido terreno, y reconocía esa formación como algo difícil pero no inalcanzable, reconoció en los jóvenes de heroica conducta política y formación técnica más sería cada día, “a veces, un deplorable comportamiento formal, adolece, como sustento de la chabacanería que nos disgusta y nos preocupa, una falta de visión cultural, que es el mejor antídoto contra la vulgaridad” (Rodríguez, 1947, p.37). Estas realidades, en muchas ocasiones se mantienen presente en nuestras universidades y continúan retando a diario a los profesores de las universidades cubanas.

Otro de estos retos está unido a la falta de compromiso con las organizaciones y la vida en las instituciones, se mantienen las posiciones paternalistas con los estudiantes que no conllevarían a que se alcance como adelantaba Carlos R. Rodríguez, con el inicio de los estudiantes en la vida universitaria esa ruptura cualitativa con su propio pasado, que genere un cambio en su proceder, en su actitud ante la vida, en su asunción de responsabilidades. Al comenzar a recibir derechos, debían aumentar sus deberes, lo que exigía de ellos una nueva actitud ante la vida, mayor responsabilidad, es un momento decisivo en la formación del ciudadano socialista, tiene que responder por sí mismo, tomar sus propias decisiones, disfrutar como miembro autónomo los derechos que tiene y cumplir con sus deberes.

El inicio de la vida en la universidad es el instante en que la sociedad deposita en él su confianza como ciudadano, el alumno universitario a que aspiramos es aquel que comienza a orientarse por sí mismo, que no cree en lo que le dicen que debe creer sino en lo que pasa a formar parte de sus convicciones por un proceso de asimilación de nuestros principios e ideas; al respecto argumentó Carlos Rafael Rodríguez, repudiamos como opuesta al socialismo la comunidad de autómatas, administrada por la propaganda o por la imposición, abogamos por su antítesis: el hombre pleno, delineado por Marx en el *Manifiesto Comunista*.

Y al respecto valoraba la significación que para los futuros profesionales tenía el precepto favorito de Marx “*de omnibus dubitandum* (dudar de todo)”, pero alertando del significado gnoseológico de la duda metódica, que cuestiona para abrirse al razonar, contraria a la duda anidada en el desconocimiento y la ignorancia, en la duda que conduce al escepticismo, la desconfianza, el conformismo, contraria a la confianza en la capacidad cognoscitiva y transformadora del hombre defendida por el marxismo leninismo como concepción científica del mundo y antípoda del fideísmo embrutecedor (Rodríguez, 1984, p.40).

Como contrapartida a este estudiante que comienza a hacerse hombre por sí mismo con su formación como futuro profesional eran necesarios los profesores adecuados, capaces de orientar ese camino. La universidad debía ser exigente o tolerante, ese era un debate presente desde los días iniciales de la reforma; algunos alegando los niveles imperfectos de nuestra formación preuniversitaria pedían que la exigencia pudiera atemperarse, para los estudiantes y para los profesores, pero tanto para Carlos R. Rodríguez como para Juan Marinello, la exigencia en la formación debe constituir un principio irrenunciable. Solo llegarán a profesores verdaderos los que logren actuar con mayor libertad en las formas de transmitir sus enseñanzas y con la responsabilidad de hacerlo, de

acuerdo a un programa, ni anarquía, ni dogmatismo. Y destacaban el papel de la cultura y la historia en la formación humanista de profesionales que desde la sensibilidad humana se sientan responsables con los destinos de la humanidad.

### Conclusiones

Si de las universidades debe nacer el pensamiento crítico que modifique las estructuras de poder imperantes hoy y salven a la especie humana, volver a la visión y misión que de la universidad y sus componentes humanos, estudiantes y profesores, tenían Carlos R. Rodríguez y Juan Marinello, más que necesidad y deleite, es un compromiso, un deber impostergradable.

### Referencias bibliográficas

- Betto, F. (2014). *Educación y conciencia crítica*. Universidad 2014, 17 febrero, documento pdf.
- Marinello, J. (1930). Dos palabras a los estudiantes. *Repertorio Americano*, 20, 31.
- Marinello, J. (1934). La universidad Cubana. *Bimestre Cubana*, XXIV, 40-47.
- Marinello, J. (1940). *Cultura y docencia en la URSS*. Trabajos literarios y pedagógicos.
- Marinello, J. (1957). *La penetración imperialista en la enseñanza cubana*. Folleto. La Habana.
- Marinello, J. (1958). Carta a la Asociación de Escritores y Artistas de América. A. Suárez, *Obras Juan Marinello* (p.71). Cuba: Cultura.
- Marinello, J. (1962). *Un acuerdo ejemplar*. Colección Manuscritos, No. 803.
- Marinello, J. (1963a). Postulados fundamentales de la Reforma Universitaria. Universidad de La Habana. Expediente No. 12.570. Archivo de la Universidad de La Habana, legajo No. 107.
- Marinello, J. (1963b). “La universidad debe ser ante todo un destacamento revolucionario”. En J. Marinello, *Contemporáneos. Noticia y Memoria. II*, (p.187).
- Marinello Vidaurreta, J. (1977). La palabra para alimentar la hoguera. *Órbita de Juan Marinello*, 27-36.
- Ramírez Gallegos, R. (2013). *Ecuador: del capitalismo cognitivo, a la economía social del conocimiento*. En línea <http://www.telesur.net>, publicado 17 de diciembre.
- Rodríguez, C. R. (1947). José de la Luz y Caballero. En *Revista Fundamentos*, (69).
- Rodríguez, C. R. (1984). La Universidad en el Socialismo, discurso al recibir el grado de Profesor de Mérito en la Universidad de La Habana. En *Palabras a los Setenta*, Ciencias Sociales.